

Capítulo General de los Ministros de los Enfermos (Camilos)

¿Qué es hoy la profecía camiliana?

Nemi, 7 de mayo de 2022

João Braz card. de Aviz

Queridos hermanos camilos, ¡bienvenidos! Estoy muy feliz de estar con ustedes hoy. Saludo - también en nombre de Mons. José Rodríguez Carballo, nuestro Arzobispo Secretario y de todos los colaboradores de nuestro Dicasterio- a los miembros del Consejo General: P. Laurent, P. Aris, H. José Ignacio, P. Gianfranco y P. Felice; y a todos vosotros, Capitulares.

En los últimos años, has recorrido un camino difícil. Primero fue el doloroso asunto del P. Renato, en el que la intervención paternal del Papa Francisco pudo aliviar en parte la consternación que aquellos hechos causaron en todos vosotros. Luego el doloroso cierre de su Instituto Internacional de Teología Pastoral de la Salud. Y, finalmente, la también dolorosa muerte del Superior General, mi amigo el padre Leo. Dios también se manifiesta a través de estos acontecimientos en la vida de una familia religiosa. Han sido pruebas muy duras, que habéis podido superar reforzando la fe en el carisma y la comunión entre vosotros.

En estos primeros días habéis profundizado ciertamente en los documentos preparatorios del Capítulo y os habéis enriquecido en el diálogo entre vosotros, para discernir juntos hacia dónde llama el Espíritu a vuestra Orden para los próximos años.

"¿Qué es hoy la profecía camiliana?".

Hemos empezado a entender que la nota que mejor caracteriza a la vida consagrada, es más, la prioridad que se requiere hoy, es la profecía, como nos indicó el Papa Francisco en aquella famosa conversación con los Superiores Generales el 29 de noviembre de 2013: "La radicalidad evangélica no se exige sólo a los religiosos: se exige a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de manera profética". Y de nuevo: "Un religioso nunca debe renunciar a la profecía" - "La profecía del Reino... el acento debe recaer en ser profetas, y no en jugar a serlo... los religiosos son hombres y mujeres que iluminan el futuro".

¿Qué significa concretamente para las personas consagradas, y por tanto para vosotros, los camilos, ser profetas en el mundo de hoy?

Nos ayuda a recordar cómo se entiende la profecía en la Biblia. En primer lugar, uno no se convierte en profeta por su propia elección, sino por una llamada de Dios. Esta llamada quema el corazón de quien la recibe y a partir de ese momento no puede escapar a la tarea de profeta. La profecía es, pues, la afirmación de la primacía de Dios sobre cualquier otro bien humano. El profeta sabe que nunca está solo: Dios no deja que le falte su ayuda. El profeta no habla en nombre propio, sino que transmite lo que ha escuchado de Dios en la oración y la reflexión. El profeta recibe de

Dios la capacidad de escudriñar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos: es como un centinela que vigila durante la noche y sabe cuándo va a amanecer (cf. *Is* 21,11-12). Conoce a Dios y conoce a los hombres y mujeres con los que vive. Así, los profetas son "místicos y contemplativos", capaces de "descubrir los signos de la presencia de Dios en la vida cotidiana, (...) que saben reconocer las preguntas que Dios y la humanidad se hacen" (Carta de la CIVCSVA, *Contemplar*, p. 26).

El profeta es capaz de discernir y también de denunciar el mal del pecado y la injusticia, porque es libre, no tiene que responder ante ningún otro amo que no sea Dios, no tiene más intereses que los de Dios. El profeta está habitualmente del lado de los pobres y de los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su lado.

La profecía puede significar ir a contracorriente con respecto a la mentalidad mundana (que a veces también ha entrado en la Iglesia, incluso en nuestros conventos). Ser profetas requiere creatividad y audacia -otras dos palabras muy queridas por el Papa Francisco- para abrirse y recorrer juntos caminos nuevos que nuestros padres no transitaron; para revisar las estructuras que pudieron funcionar en el pasado, pero que hoy ya no corresponden al nuevo dinamismo de la misión; para renovar el estilo y los modelos en los que se encarnó el carisma de nuestros Institutos en el pasado. Es la "profecía de las opciones evangélicas" (Carta de la CIVCSVA, *Escrutinio*, p. 85) para expresar también en formas nuevas el potencial del carisma, las "energías" encerradas en él y aún no desplegadas plenamente.

La invitación a vivir y actualizar vuestro carisma "de manera profética" os la dirigió directamente el Papa Francisco en aquel importante encuentro que tuvo con la Familia Carismática Camiliana el 18 de mayo de 2019. "En la estela de esta misión" -es decir, la que se deriva del carisma: revivir y testimoniar en todo tiempo y lugar el amor misericordioso de Cristo por los enfermos- "estáis llamados a continuar vuestro servicio de manera *profética*. Se trata de mirar al futuro, abiertos a las nuevas formas de apostolado que el Espíritu os inspira y que los signos de los tiempos y las necesidades del mundo y de la Iglesia requieren. El gran don que has recibido sigue siendo pertinente y necesario incluso para nuestro tiempo, porque está fundado en la caridad que no tendrá fin (cf. *I Co* 13,8). Como parte viva de la Iglesia, enviada a difundir el Evangelio para que los hombres "tengan vida y la tengan en abundancia" (*Jn* 10,10), tenéis la magnífica oportunidad de hacerlo a través de los gestos de cuidado de la vida y de *salus* integrale, tan necesarios también en nuestro tiempo".

1. La profecía de la comunión

Especialmente en los últimos años en la Iglesia, y en particular en la vida consagrada, estamos comprendiendo cada vez más que la comunión es lo que el Espíritu Santo nos pide a todos y es una condición necesaria para la credibilidad de nuestro testimonio evangélico y también de nuestra fecundidad apostólica. También estamos aprendiendo a llamar a esta comunión con otro nombre, antes poco utilizado: sinodalidad.

Hace ya dos décadas que entramos en el nuevo milenio, un verdadero "cambio de época" (Papa Francisco en la Convención Nacional de la Iglesia Italiana, Florencia, 10 de noviembre de 2015), que exige de todos nosotros una nueva comprensión de lo que está sucediendo y nuevas formas de proponer el Evangelio como respuesta a las preguntas de los hombres y mujeres de esta época. En 2001, el Papa San Juan Pablo II escribió que la *espiritualidad de la comunión* es "el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al plan de Dios y responder también a las expectativas más profundas del mundo" (*Novo millennio ineunte*, 43). Y en 2015, el Papa Francisco nos dijo que "el camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio", porque el mundo en el que vivimos "exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias en todos los ámbitos de su misión" (Papa Francisco en la *Conmemoración del 50º Aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 de octubre de 2015).

Me parece que sinodalidad y comunión son las dos palabras que el Espíritu Santo nos dice hoy por boca de Pedro para seguir siendo fieles al mandato recibido de Cristo: "Id y evangelizad a todas las naciones" (*Mt 28,19*).

El reto de hacer de la espiritualidad de la comunión la forma de vida de este milenio es entonces explicitado por el Papa Francisco: "sentimos el desafío de descubrir y transmitir la "mística" de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos en brazos, de apoyarnos, de participar en esta marea un poco caótica que puede transformarse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana de solidaridad, en una santa peregrinación (...)" (*Evangelii gaudium* 87). (*Evangelii gaudium* 87).

El principio de sinodalidad, al que el Papa Francisco llama a toda la Iglesia, también se aplica perfectamente a la vida consagrada. Lo explica muy bien un hermoso documento de la Comisión Teológica Internacional: "La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia", del 2 de marzo de 2018, que en el n. 74 sugiere "la participación en la vida sinodal de la Iglesia de las comunidades de vida consagrada, los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales". Todas estas realidades (...) pueden ofrecer experiencias significativas de articulación sinodal de la vida de comunión y dinámicas de discernimiento comunitario implementadas en ellas, junto con estímulos para identificar nuevos caminos de evangelización".

Comunión entre nosotros en la comunidad carismática

Un primer ámbito en el que revivir la comunión y el estilo de la sinodalidad es la vida interna de un Instituto.

Conocemos Órdenes y Congregaciones que se organizan de forma rígidamente centralizada, en las que toda elección y orientación es decidida por el gobierno central y las ramas territoriales son totalmente dependientes y meros ejecutores de las decisiones del centro. Incluso los órganos de representación previstos en las Constituciones, como los capítulos o las asambleas, son a veces manipulados y se reducen a aprobar decisiones que ya se han tomado previamente. Esto conduce a formas anacrónicas e incluso ridículas de ejercicio de la autoridad suprema y a la total dependencia

de los superiores locales y de las comunidades del gobierno central. Las consecuencias son previsibles e incluso conocidas.

En otras instituciones, ocurre lo contrario. La legítima demanda de subsidiariedad y descentralización por parte de las ramas territoriales puede combinarse con una cierta impaciencia con el gobierno central y fomentar así presiones centrífugas y demandas de autonomía que acaban debilitando o incluso rompiendo la unidad de la familia única. Al principio, las razones pueden ser buenas y comprensibles, como: "Roma no conoce nuestra situación real", "sólo nosotros tenemos la visión correcta de la situación local", "el centro no nos entiende, no nos escucha", "no podemos conformarnos con las decisiones centrales que son válidas para todos", etc. A veces también hay actitudes que no están exentas del gobierno central. A veces también hay actitudes individualistas, o el excesivo protagonismo de algunos superiores locales. También en este caso vemos los efectos: el gobierno central se reduce a un mero "inspirador espiritual", o proveedor de servicios útiles; las decisiones tomadas colegiadamente no encuentran aceptación y aplicación en los niveles locales; cada articulación territorial decide la gestión y las opciones apostólicas de forma autocrática; puede ocurrir que una parte tenga dificultades económicas o escasez de personal, y no reciba apoyo del resto del Instituto.

Este segundo enfoque también es perjudicial. Hemos visto a provincias enteras pedir independizarse del resto de la Congregación y, por tanto, separarse y convertirse en un Instituto autónomo. O Institutos que ya no se reconocen en el único proyecto apostólico compartido, cada uno va por su lado y acaban perdiendo el espíritu de familia y la auténtica vida del carisma.

Este afán de fragmentación también puede derivar de una cierta mentalidad que vemos en la vida social, de países y grupos que reclaman tanta identidad y distinción que sólo quieren preocuparse por su propio bien y evitar la solidaridad con otros, que pueden ser más frágiles. Es como si un miembro de nuestro cuerpo, al notar que el resto del organismo está envejeciendo y enfermando, dijera: ¡es mejor que me desprenda y piense por mí mismo, antes de que llegue a un mal fin junto con el resto del cuerpo! El Papa Francisco nos ha dicho muchas veces: "¡Nadie se salva solo!".

El viejo refrán: "La unión hace la fuerza" sigue más vigente que nunca. Son precisamente las actuales condiciones de fragilidad que viven muchas instituciones, y que usted conoce, las que deberían convencernos de la urgencia de unirnos aún más. Si los grandes banqueros del mundo se unen para aumentar sus beneficios, si las empresas más importantes se ponen de acuerdo para controlar mejor el mercado mundial, ¿no haremos lo mismo nosotros, que hemos elegido trabajar por el reino de Dios?

En un Instituto de vida consagrada, es la misma sangre la que circula entre todos los miembros, la del único carisma, transmitido por el fundador y encarnado por las diferentes generaciones, antes y más allá de las distinciones geográficas, culturales o lingüísticas o de la diversidad de las formas en que se encarna el carisma. Un religioso se siente ante todo miembro del cuerpo único que es el Instituto. Así, teniendo en cuenta el bien de todo el cuerpo, de la única familia, asume el proyecto y la visión elegida y compartida por todos, al tiempo que lo aplica en su ámbito particular.

En la misma perspectiva, la circulación de bienes y personas entre todo el cuerpo del Instituto también se vuelve natural. Esto también es una profecía para nuestro mundo multicultural y multiétnico: el establecimiento de comunidades compuestas por religiosos de diferentes orígenes geográficos será cada vez más normal, no sólo en los gobiernos centrales sino en cada parte de un Instituto. Así daremos un testimonio positivo de que entre nosotros "no hay ni judíos ni griegos" (cf. *Gál 3,28*): cada uno dispuesto a ir allí donde las necesidades apostólicas y el discernimiento común lo requieran.

También aquí cito parte del mensaje del Papa Francisco en su encuentro con vosotros el 18 de mayo de 2019: "Os animo a cultivar siempre *la comunión* entre vosotros, en ese *estilo sinodal* que he propuesto a toda la Iglesia, escuchándoos unos a otros (...). Sed cada vez más conscientes de que "es en la comunión, aunque cueste esfuerzo, donde un carisma se revela auténtica y misteriosamente fecundo" (Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 130)".

Comunión *ad extra*

Por eso, la espiritualidad de la comunión y de la sinodalidad, aplicada a la vida consagrada, puede expresarse también con una palabra que está surgiendo desde hace algunos años: *intercongregacionalidad*. Es una realidad que se está encarnando, un presagio de esperanza y una incubadora de experiencias vitales e innovadoras. Ya lo menciona la Exhortación Apostólica "Vita consecrata" (1996) cuando exhorta a vivir la comunión cultivando "la mutua colaboración entre los diversos Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica" (*Vita consecrata* 52) y más adelante cuando sitúa la "colaboración intercongregacional" entre los modos en que la vida consagrada puede hoy mantener su fuerza profética y ser fermento del Evangelio y propuesta cultural innovadora (*Vita consecrata* 80). Más explícito aún es lo que leemos en la instrucción "Caminar desde Cristo" de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (2002): "La comunión que los consagrados y consagradas están llamados a vivir va mucho más allá de la propia familia religiosa o del Instituto. Abriéndose a la comunión con otros Institutos y otras formas de consagración, pueden ampliar su comunión, redescubrir sus raíces evangélicas comunes y, al mismo tiempo, captar más claramente la belleza de su propia identidad en la variedad de su carisma, como sarmientos de la única vid" (n. 30).

Todos recordamos la inspiradora exhortación del Papa Francisco cuando inauguró el Año de la Vida Consagrada en noviembre de 2014: "Espero también que crezca la comunión entre los miembros de los distintos Institutos. ¿No podría ser este año una oportunidad para salir con más valentía de los confines del propio Instituto para desarrollar juntos, local y globalmente, proyectos comunes de formación, evangelización, intervenciones sociales? De esta manera se puede ofrecer un verdadero testimonio profético con mayor eficacia. La comunión y el encuentro entre carismas y vocaciones diferentes es un camino de esperanza. Nadie construye el futuro aislándose, ni con sus solas fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que está siempre abierta al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua y nos preserva de la enfermedad de la

autorreferencialidad" (Carta del Papa Francisco *a todos los consagrados*, 21 de noviembre de 2014).

No se trata sólo de aunar esfuerzos y colaborar en iniciativas conjuntas porque nos obliguen a ello las circunstancias externas: la reducción de efectivos de un mismo Instituto (la avanzada edad de sus miembros y las escasas incorporaciones), la escasez de recursos económicos, la complejidad de los entornos sociales donde prestamos nuestros servicios. Ustedes mismos son muy conscientes de la complejidad del mundo de la salud y la enfermedad, en el que actúan principalmente, de la amplitud de las necesidades y de la dificultad de dar respuestas eficaces. Estas "espinas" de la situación actual pueden ciertamente estimularnos, pero queremos hacerlo sobre todo para poder dar un mejor testimonio del Evangelio y del precepto del amor mutuo, que es el distintivo por el que seremos reconocidos como verdaderos discípulos de Cristo (cf. *Jn 13,35*).

2. *La profecía de la salud*

El mundo en el que ejerces tu ministerio es especialmente el de la promoción de la salud y el cuidado de los enfermos y los pobres.

Aquí sois maestros, por la experiencia acumulada durante tantos siglos de encarnar el carisma en todas las partes del mundo, y por la competencia que se os reconoce. No penséis que, tras el cierre de vuestro Instituto internacional "Camillianum", ha desaparecido la tarea de seguir expresando la plenitud del carisma que el Fundador os transmitió y que la Iglesia ha reconocido: asistir a los enfermos en cuerpo y espíritu y enseñar a otros a servirlos. Podéis y debéis seguir haciéndolo, inspirándoos en los que os han precedido y en la experiencia que habéis adquirido, tal vez difundiendo la "nueva escuela de caridad" iniciada por San Camilo en muchos más lugares.

Usted es muy consciente de los numerosos y difíciles desafíos que enfrenta su ministerio, algunos nuevos en comparación con el pasado, y diferentes para cada lugar del mundo donde está presente. Menciono aquí sólo uno de ellos, a modo de ejemplo.

En las últimas décadas, hemos llegado a comprender el enorme impacto que tienen los cambios medioambientales en las condiciones de vida y la salud de las personas, especialmente las más pobres y frágiles, que son las que sufren las mayores consecuencias. *La Plataforma Laudato si'*, promovida por la Santa Sede a través del Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral, te verá sin duda comprometido a colaborar en muchas iniciativas para "cuidar nuestra casa común", en la perspectiva holística de la ecología integral sugerida por el Papa Francisco. Dado que ustedes, los Camilos, son especialistas en esta visión amplia y multidimensional del cuidado, podrán contribuir a este proyecto planetario de sanación de las relaciones con Dios Creador, nuestro prójimo y la tierra.

Me parece que ya no basta con seguir repitiendo lo que los que te han precedido han hecho bien en beneficio de los pobres y los enfermos. Todo organismo debe necesariamente cambiar y transformarse para seguir siendo él mismo y crecer. Nuevas preguntas y nuevas necesidades requieren nuevas respuestas. Por supuesto, puede existir el temor de no poder mantener las obras ya iniciadas y arriesgarse a comenzar otras nuevas: "somos pocos, tenemos pocas fuerzas y

pocos recursos"... Pero cuando San Camilo comenzó, ¿no tenía por delante retos y obstáculos igualmente grandes y difíciles? Entonces su propia vida y la de sus compañeros estaba en peligro. ¿De dónde sacó el valor, en quién confió? "¡Ánimo pusilánime, adelante, que yo te puedo ayudar, porque esta es mi obra y no la tuya!", se oyó decir al Crucificado.

A la hora de decidir qué obras apostólicas dejar y qué otras nuevas emprender, puede ser útil tomar como punto de partida y criterio de discernimiento no las valoraciones económicas o de eficacia, que debemos considerar prudentemente, sino: ¿cuáles son las necesidades más urgentes de los enfermos en esta parte del mundo en la que estamos trabajando y en este momento? ¿A cuál de estas necesidades no da nadie una respuesta adecuada?

Siempre me sorprende cuando leo el episodio evangélico de la curación del ciego Bartimeo. Al oírle gritar, Jesús le llama y le pregunta: "¿Qué quieres que haga por ti?". (Mc 10,51). ¡Parece tan obvio para todos que gritó para pedir que le devolvieran la vista! Pero Jesús no impone su poder de curación: le da la palabra, lo hace protagonista, lo pone en el centro de la escena, dándole la dignidad de expresar él mismo sus expectativas y su petición de curación.

Es cierto, sois pocos y tenéis pocos recursos. Pero, ¿seguimos creyendo que a los que buscan el Reino de Dios, el Padre no dejará de proporcionarles lo necesario, sino que les dará en abundancia? ¿Confiamos más en la Providencia o en las cuentas bancarias? Los retos a los que os enfrentáis en vuestros esfuerzos por dar testimonio del amor misericordioso de Cristo por los enfermos son muchos y muy complejos. Una estrategia ciertamente exitosa del buen samaritano (cf. Lc 10,29-37) al acudir en ayuda del herido fue involucrar a otros en su cuidado. Se dio cuenta de que no podía hacerlo todo solo, que su buena voluntad y la corrección de su intervención de primeros auxilios no serían suficientes para garantizar una respuesta completa y duradera a las graves necesidades del herido. Así que involucró a otros, en este caso al hotelero. Su ejemplo puede inspirarte a buscar y poner en práctica sinergias con quienes, como tú, quieren responder a las necesidades de los enfermos y los pobres: los demás miembros de la Familia Carismática Camiliana, los organismos de la Iglesia y de la sociedad que trabajan en los mismos ámbitos, las numerosas personas de buena voluntad que comparten los valores de la solidaridad y la atención.

¡Queridos hermanos! Repito una vez más las palabras del Papa Francisco: "El gran regalo que habéis recibido sigue siendo pertinente y necesario también para nuestro tiempo". Que el Espíritu Santo os inspire y os ayude a reavivar y actualizar con creatividad el carisma que os ha transmitido San Camilo, por el bien de la Iglesia y de los que sufren.